

Billie Holiday, ese misterio

Pablo Espinosa

Billie Holiday es un misterio.

Está a la vista, el misterio, en su mirada, en la primera de miles de fotografías que le tomaron en su vida: sus ojos desorbitados de niña, dos años de edad apenas.

Ella mira hacia algún punto indeterminado, algo invisible que sólo ella conoce y la llena de espanto: el dolor del mundo.

Está ataviada toda de blanco y hace resaltar más el blanco de sus ojos de pupilas oscurísimas. Su codo derecho está recargado en un taburete de madera de piano, mientras su manita izquierda rasca el anverso de su derecha.

Sus labios son lo más parecido a una sonrisa y entonces, desde esa perspectiva, su mirada se ilumina, tiene el mismo tamaño del asombro pero ya no tiene miedo sino avidez. Ya empezó a comerse el mundo a puños.

Su cabellera rizada con caireles está coronada con un tocado exquisito de gardenias.

Será su amuleto hasta la muerte: en la última de entre las miles de fotografías que le tomaron en su vida, aunque yacía ya muerta, tiene una expresión de profunda tristeza, coronada con gardenias dentro del féretro, ataviada toda de blanco y hace resaltar más el negro oscurísimo de su tristeza.

Buenos días, tristeza, *good morning heartache*, creí que nos habíamos dicho adiós anoche. Pero hete aquí de nuevo con el alba. Ya déjame en paz, tengo suficiente con mi blues de lunes que se alimenta de mi blues de domingo por la tarde. Buenos días dolor del alma, toma asiento.

Así canta Lady Day.

Hay quienes dicen que murió. Ella, en su misterio, los desmiente. Canta a diario, sentada en el borde de su cama, mientras



Billie Holiday

acaricia a su perro Míster, “el único ser en quien puedo confiar”, repite a diario.

La bebé de dos años que vemos en la fotografía cumplirá once y será violada por un vecino; a los catorce, para pagar la renta, trabajará como prostituta en casa de una *madame* y por eso sufrirá el primero de los muchos arrestos y encarcelamientos de los que será objeto en su vida. Cárcel sin barrotes su destino trágico.

Nadie, absolutamente nadie en la historia canta como Lady Day.

Los hombres la perciben en el lóbulos de la oreja izquierda, donde ella aproxima sus labios para cantar quedito, quedito, para que la piel de quien escucha se erice toda. Las mujeres también le rinden pleitesía.

Canta Lady Day: me costó, pero tengo una sola cosa en el mundo: mi hombre. Tiene otras dos o tres chicas, que le gustan tanto como le gusto yo. Pero lo amo, no sé por qué. No debería, porque no es buen hombre. Miente. Me pega. ¿Qué le voy a hacer? Lo amo.

El único hombre que amó realmente a Billie Holiday de entre las innumerables relaciones que tuvo en su vida, fue el saxofonista Lester Young. Un romance de pe-

lícula: felices en el lecho, felices en la calle, felices en el escenario, donde él toca el sax mientras ella mueve el mundo con su voz tan poderosa. La pareja perfecta. Felices de noche. Felices de día. Es más, él la bautizó para la eternidad: Lady Day. Bella de día. Fue el único hombre que la trató como una dama.

En otro momento, necesitada de dinero, de recuperar su licencia para cantar en antros, cancelada por enésimos arrestos por posesión de drogas, urgida de rescatar su buena fama, hizo caso de su mánager y le dictó a un periodista unas memorias inventadas. El libro de marras, titulado diestramente *Lady sings the blues*, fue más adelante desmentido palmo a palmo por otra periodista, quien curiosamente se suicidó días después de recibir la enésima negativa de publicación, tan cruda su historia, tan veraz su relato, tan verdadero.

En su libro de “memorias”, Billie Holiday contribuye a la montaña de verdades a medias, lugares comunes, leyendas urbanas, su monumental mitología. Su misterio.

Lo primero que modifica es la edad de sus padres cuando ella nació. Mozalbetes. Dos niños: ella de 13, él de 15 años. Ella, la mamá de Eleanora Fagan, su nombre real, era una linda regordetita pizpireta; él, el padre, un cabrón de marras: mujeriego, golpeador de mujeres, desobligado, irresponsable, modelo cuya fotostática buscó toda su vida Billie Holiday en todas las relaciones que tuvo en la vida. Buscó al padre, el modelo del padre, en cada hombre que ella quiso amar y él la maltrató.

Hombres malos. Si en una habitación hubiera 99 hombres buenos y uno malo, Billie correría hacia el malo, decían que jumbrosos sus amigos.

De su bisexualidad, con quienes mejor se llevó fue con mujeres, de manera semejante como sucedería con Janis Joplin.

Por cierto, estudios recientes demuestran que la muerte de la Bruja Cósmica se hubiese podido evitar con un vulgar Valium o un Tafil, en dosis bien prescritas y si la ciencia médica hubiese avanzado lo suficiente como para diagnosticarla: Síndrome de Dead Zone. Una limítrofe. Eso fue también, en medio de su misterio, Billie Holiday.

Dicen que su adicción a la heroína la mató. Falso. Ella murió de amor, como veremos más adelante.

Por lo pronto, la vemos abrir su corazón a hombres ruines, cada uno de ellos con una nueva adicción para ella, tan adicta a hombres malos: uno le trajo marihuana, otro el opio, uno más el alcohol; los 51 cigarrillos diarios iban por cuenta de ella.

En cuartos de hotel, en *toilets* asquerosos de antros de mala muerte, en el lecho íntimo, ella se drogaba, huía. De sí misma y del granuja en turno.

De su adicción a los hombres ruines.

Voz de volutas de humo azul y sabor a bourbon.

Canta Lady Day: Acudes a mi mente / ahí te quedas, como una melodía encantada / y así te encuentro dando vueltas en mi mente / como las burbujas en una copa de champán.

Orson Welles, su ídolo Louis Armstrong, célebres por igual que anónimos, sus amantes desfilaban como una música ominosa frente al arsenal de mohínes acústicos, gestos sonoros, variantes, sorpresas, dramaturgia canora coronada, orquídeas blancas, gardenias límpidas, por un cúmulo fantástico de manierismos en su manera de cantar.

Voz rasposa, última etapa. Agudos inocentes, etapa inicial. Suspiros entrecortados, siempre. Nariz respingada (así sueña) en el momento de una frase coqueta. Ceño fruncido (así resulta el sonido) cuando canta un: me golpea, pero lo amo. Cejas levantadas suavemente (así ascienden las notas) cuando enuncia las frases más tiernas de amor. La manera de cantar de Billie Holiday es inigualable, inimitable, irrepetible. Porque es un misterio.

Cuando canta Billie Holiday canta un ángel. Todo enfundado en blanco, con sus gardenias en el pelo, zapatillas blancas, vestido níveo, sonrisa blanca. Para huir enseguida en su Cadillac blanco.

Billie Holiday no es las tragedias todas de Shakespeare reunidas en una sola persona. También fue muy feliz, tuvo su lado luminoso. Basta ya de pintarla como una Magdalena (ya ni Marcel Proust, jeje). Eleanor Fagan, su verdadero nombre, fue eso: una persona como cualquiera, con sentimientos, gozos, anhelos, traumas, tristezas y alegrías. Lo demás es un misterio.

Un ser humano que vivió la vida con una intensidad que pocos se han atrevido a enarbolar y esa llama ardiente y ardorosa la transformó en música, en una de las formas musicales más conmovedoras todavía que los ciclos *Sturm und Drang* de Peter Schubert, la poesía más oscura de Georg Trakl, los más sórdidos cuadros de los maestros tenebristas.

La música que hace a diario Lady Day no la puede hacer si no es un ángel. Oscuro, caído. Misterioso.

Ángel ebrio y reduce a Rimbaud a niño de kermesse, ángel terrible y reduce a los más agitados, hirvientes, vociferantes, hechos pedazos en el instante, a la condición de aspirantes. Ángel de toda bondad, Billie Holiday canta todos los días para que los desesperados encuentren paz, los desesperanzados hallen confort, los no queridos, amor, los desarraigados patria interior, los despojados riqueza de alma, los desposeídos posean paz.

Y todo eso, analfabeta musical, lo hace mediante un procedimiento simple y complicado a la vez: el fraseo. El fraseo, ese elemento *sine qua non* al que aspira todo músico. Esa cima de la técnica musical, ya en un director de orquesta, en un pianista, una cantante. Billie Holiday es la maestra del fraseo musical.

El fraseo de Billie cuando canta es un misterio. Por la manera como agrupa las vocales, cantilar consonantes, forma un río de lágrimas candentes con el conjunto de frases musicales y luego las vuelve volcán de gozo.

La organización expresiva de sus frases implica una manera de respirar muy peculiar, una caja torácica poderosísima,

una serie infinita de manierismos que dibujan muecas, gestos, mohínes, guturaciones.

Su manera de poner acentos, de atildar las tildes, de dirigir los signos semafóricos, las volutas sinópticas, las frases tan candentes, constituyen un misterio.

Nadie nunca había fraseado como Lady Day lo hace ni nadie nunca lo hará. El fraseo de Billie Holiday es propio de los ángeles, aquellos caídos en batalla, los que de buenas a primeras se vieron tirados en medio de una calle polvorienta de Filadelfia, donde nació y luego revolcada en Harlem, violada, prostituida, violentada. Ángel de arrabal tan bien amada por los hombres y mujeres puros de corazón, plenos de riqueza en el alma y por eso saben escuchar: Lady Day canta como los mismísimos ángeles. Y eso no es fácil de escuchar. Quien bien escucha a Billie Holiday también sabe del dolor del mundo. Del misterio.

Sus formas de combatir, desnudo íntimo: “los drogadictos somos enfermos, necesitamos atención” fue su argumento esgrimido frente al acoso policiaco, frente al asedio de la prensa amarillista, frente al rechazo, la satanización del ángel. Por eso escribió *Lady sings the blues* como una historia inventada, como la que se inventa cada uno de los seres humanos día con día, para sobrevivir.

Ah, dijimos que murió de amor. Eso fue lo único que no inventó.

Ya dijimos que el amor de su vida fue Lester Young. Las grabaciones discográficas que hicieron juntos son la herencia de amor por excelencia.

Cuando Lady Day, como Lester la había bautizado, se hallaba en una crisis y se presentó a cantar, 44 años de edad que parecían 66, con una serie de transformaciones en su fisonomía, rostro, belleza a lo largo de su vida y ahora con whisky en mano y no recordó la letra de ninguna pieza, su rostro derrotado, cabizbajo, el vaso de whisky relumbrante, tintineante gelidez, no sabía aún que el amor de su vida, Lester Young, agonizaba.

La noticia del deceso la mató. Murió apenas semanas adelante. Su rostro triste, cabizbajo dentro del féretro, toda ella ataviada en blanco. Como una novia.

Como un ángel de regreso a casa.

Lo demás es un misterio. **U**